

# Testimonios y revelaciones

*para sobrellevar el peso de la historia*

Evelia Trejo

Un honor inmerecido me coloca hoy frente a ustedes para cumplir con la gratísima tarea de compartir con dos colegas este acto de bienvenida a nuestra Universidad, particularmente al Instituto de Investigaciones Históricas, al profesor Hayden White. Aquí, la muy gastada frase de que un personaje de relieve no necesita presentación, sale sobrando. Sin duda el plato fuerte de esta reunión será escuchar su conferencia. Pero, la oportunidad de dirigirnos a todos ustedes debe ser aprovechada en cualquier sentido, ya sea con el fin de introducir o recordar algo de lo mucho que nos ha brindado White por medio de sus obras; ya con el objeto de hacer patente la deuda que hemos contraído con un maestro en toda la extensión de la palabra, por el simple hecho de haberlo encontrado en el camino.

En mi caso, poco más de un cuarto de siglo ha sido insuficiente para conocer y aprovechar del modo que quisiera la riqueza de su pensamiento. Sin embargo, Álvaro Matute, quien en última instancia propició que apareciera en nuestra lengua *Metahistory*,<sup>1</sup> en el ya lejano 1992, y con el joven doctor Rodrigo Díaz, hasta donde sabemos el primer discípulo que desde México fuera a recibir formación de parte de White en la Universidad de California, he decidido corresponder a la atenta invitación de la doctora Alicia Mayer, presentando algunas reflexiones a que me llevan los escritos de nuestro huésped, con el propósito de mostrar por qué el gusto e interés por la historiografía

no puede desdeñar prácticamente nada de lo que en forma de comentarios, argumentos y reflexiones surge de las páginas de sus textos.

Antes de hacerlo, permítaseme un breve recordatorio, desde una perspectiva muy personal, de lo que recibimos como estudiantes de licenciatura del Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de esta entrañable Universidad, y que hoy nos dispone de tan buen grado a rendir este homenaje a Hayden White, en su octogésimo aniversario.

Los lejanos años setenta en los que las materias de Historiografía General e Historiografía de México nos llevaban, primero, a hacer un viaje desde Herodoto hasta Hegel y, con suerte, un trechito más allá; y después, a rasguñar con dificultades alguna muestra de la historiografía de un siglo xx recién nacido, habiendo partido de la consideración de los códices prehispánicos, fueron años, que reconozco, de siembra de intereses de éstos que pueden mantenernos ocupados toda una vida. Una década más tarde, con el equipaje más abultado, tras haber recorrido otros derroteros historiográficos y filosóficos que señalaban cada vez con mayor claridad la problemática que encierra el hacer del pasado un objeto de conocimiento, el descubrimiento de los estudios sobre el discurso de los historiadores vendría a incrementar mi voluntad de abordar las obras de la historiografía con unos lentes nuevos. No necesariamente en sustitución de los antiguos, sino como unos que resultaban el complemento indispensable para mirar más de cerca y a la vez alcanzar largas distancias.

Es necesario puntualizar que el campo de cultivo de la historiografía en nuestro medio —en este caso no me

<sup>1</sup> *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, traducción de Stella Mastrangelo, Fondo de Cultura Económica, México, 1992, publicada originalmente por la Johns Hopkins University Press en 1973.

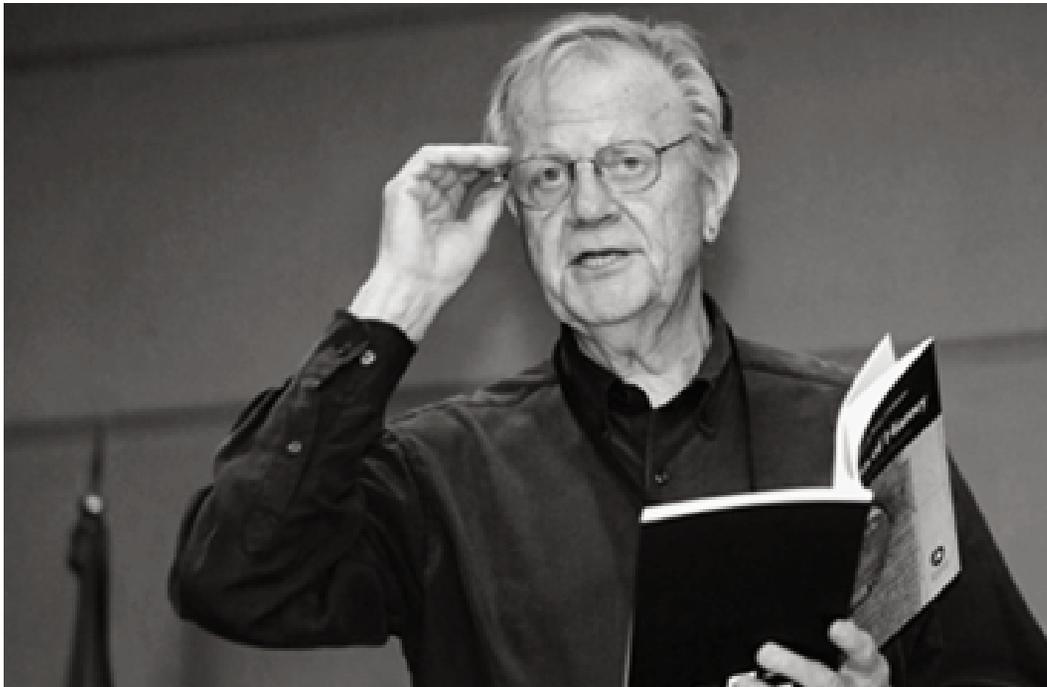
refiero a su producción sino a su estudio, especialmente en los espacios académicos inaugurados en la década de los treinta del siglo XX, en los que se inició la profesionalización de la historia, o mejor dicho, su conversión en una disciplina—, ese campo, digo, vino a ser abonado desde los años cuarenta con las luces de profesores inquietos, como Ramón Iglesia, uno de los célebres transterrados del exilio español, y Edmundo O’Gorman, a cuyo magisterio excepcional debemos, entre otras cosas, la oportunidad de que exista esta Cátedra que hermana a dos instituciones en las que fructificaron sus enseñanzas: la Universidad Nacional Autónoma de México y la Universidad Iberoamericana. A ninguno de los maestros mencionados les resultaba suficiente el hecho de dar a conocer a quienes han formado a lo largo de siglos la rica galería de autores con sus respectivas obras calificadas como clásicas, de la Historia de la Historiografía. No, ellos, como un buen número de sus discípulos, más tarde mentores nuestros, aprendieron a convertir la materia de que está hecha la Historiografía en un cúmulo de enigmas y problemas. Y, a todo aquél que sucumbiera a la tentación que producía enfrentarlos, le estaba reservado quedar atrapado en ellos de una u otra manera.

La seguridad o cuando menos la certeza de que hacerse de un método riguroso para indagar el pasado es el punto de partida indispensable para emprender el oficio, para muchos de nosotros no implicaba una renuncia a la indagación sobre los límites y el

significado de la tarea. Así, atisbar diferencias y similitudes entre los historiadores que en el tiempo han sido, era y siguió siendo ocasión para tomar nota del papel de los sujetos que por alguna razón y en una determinada circunstancia deciden hablar, pronunciarse en torno a aquello que juzgan digno de atención. Y, contar con el sujeto supuso, de inmediato, deslizarse hacia el territorio de la interpretación. En medio de él, los asideros se multiplicaban, contextos, corrientes de pensamiento, experiencias vitales, inclinaciones políticas e ideológicas, en fin, un sinnúmero de elementos podía ser llamado a cuenta para hacer constar las dificultades que enfrenta cualquiera que pretenda acertar con la verdad de lo que pasó. Pisábamos, muchas veces sin darnos cuenta cabal, los sugerentes terrenos de la hermenéutica, y la confianza, de por sí endeble respecto a la cientificidad de la historia, crecía.

La cuestión, sin embargo, no paraba allí pues pronto llegaría el momento de examinar a la más evidente de las operaciones implicadas en el conocimiento histórico, la expresión escrita del resultado de una averiguación. Es en este renglón de las observaciones sobre el quehacer del historiador, en el que de modo arrollador se hizo presente para algunos de nosotros, maestros y compañeros, el mensaje de Hayden White.

<sup>2</sup> Publicado en *History and Theory*, volumen II, 1966, se difundió en español en *Nexos*, número 53, mayo de 1982, p. 23.





Sin discreción alguna, desde los años sesenta, su pluma arremetió de frente para poner en tela de juicio el carácter científico de la historia. A partir de su texto sobre “El peso de la historia”,<sup>2</sup> White se dedicó a iluminar los trazos de una disciplina que en el siglo XIX intentaba alcanzar su plenitud, emancipándose de lo que por entonces marcaba pautas a la ciencia y al arte. Y, señaló que los ilumina porque tiene la costumbre de colocarse en un punto distinto y distante de quienes admiten sin reserva que es en ese horizonte en el que la historia obtiene un sitio respetable en el campo del conocimiento. Sentencia White en los primeros párrafos de este texto publicado en 1966:

Quizá la tarea más difícil de los historiadores sea hoy admitir el carácter históricamente condicionado de la disciplina y asistir a la extinción del reclamo de la historia como una disciplina autónoma, para conducir sus preguntas, métodos e instrumentos a un orden más elevado de indagación intelectual.

“The Burden of History”, el título en inglés de dicho artículo es, según ha dicho White, el punto de partida para la escritura de *Metahistory*, el más célebre de sus libros, pero no el único de gran impacto. De la entrevista que veintisiete años más tarde le hiciera Ewa Domanska, elijo dos declaraciones que me interesa subrayar: Afirma White que hay pocos momentos en los que la educación puede reformarse, pues ésta tiende a ser conservadora, y sólo se pueden introducir modificaciones en periodos de inestabilidad y de crisis. Un periodo de éstos es justamente el que enmarca la etapa de juventud en la que sus preguntas, respecto a las razones por las que la cultura occidental produce profesiones como la nuestra, lo llevan a emprender la tarea de deconstruir la mitología de la llamada ciencia de la historia.<sup>3</sup>

Desde el horizonte del estructuralismo, la narrativa de la historia se convierte en el eje de sus disquisiciones y argumentos. En la notable aportación de White que es *Metahistoria*, salta a la vista la implicación literaria y filosófica del trabajo historiográfico. Mediante una valiosa selección de ejemplos de lo más granado de la historiografía y la filosofía de la historia decimonónicas, ofrece allí instrumentos para guiarnos no sólo en la mejor apreciación de lo heredado en tales materias, sino para percibir con mayor conciencia lo que hacemos cuando buscamos saber de lo pasado. Logra establecer el análisis de la narrativa como una forma imprescindible de acercamiento a las características esenciales de la historiografía. Su aclaración de ver en ello un hallazgo analítico y no una prescripción resulta pertinente. In vestido como un filósofo de la historia, aunque ha insistido en que no es ésa la camisa que puede presumir, White propone y reflexiona. Ejerce funciones, sin licencia si se quiere, de filósofo crítico y ofrece lecciones de filósofo especulativo. Consigue conectar dos planos de reflexión: el que ahonda en el fenómeno de la escritura de la historia, y el que atiende a su desenvolvimiento en el tiempo; un tiempo que parece indicar un ritmo cíclico, mas no de ciclos cerrados, sino con una ventana abierta hacia el eterno recurso, ese recurso del

<sup>3</sup> Ewa Domanska, *Encounters. Philosophy of History after Postmodernism*, University Press of Virginia, 1994, XII-293, p. 15.

<sup>4</sup> Véase José Ferrater Mora, *Cuatro visiones de la historia universal*, sexta edición, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1971, 156 pp.

En la notable aportación de White que es *Metahistoria*, salta a la vista la implicación literaria y filosófica del trabajo historiográfico.

que hablara Ferrater Mora en su ensayo sobre Vico.<sup>4</sup>

No hay lugar aquí para explicitar estas cuestiones, pero sí para recuperar un poco al azar algo de lo que se desprende de la pluma de Hayden en textos posteriores, siempre a favor de admitir la doble naturaleza de la historia, ciencia y arte a la vez; aún más, a favor de eliminar la distancia entre una y otra en aras de aceptar su función narrativa.

Al proponer tramados alternativos de una secuencia dada de acontecimientos históricos, afirma, los historiadores proveen a éstos de todos los posibles significados que el arte literario de su cultura es capaz de otorgar. La verdadera disputa entre el historiador propiamente dicho y el filósofo de la historia tiene que ver con la insistencia del último en que los acontecimientos pueden ser tramados en una sola forma de relato.<sup>5</sup>

Una más: En mi opinión experimentamos la “ficcionalización” de la historia como una “explicación” por la misma razón que experimentamos la gran ficción como un esclarecimiento de un mundo que habitamos junto con el autor. En ambas reconocemos las formas gracias a las cuales la

conciencia constituye y coloniza el mundo que busca confortablemente habitar.<sup>6</sup>

Su batalla, a favor de la consideración del quehacer del historiador como algo mucho menos rígido que lo prescrito a partir de un determinado concepto de ciencia o inclusive de arte, no se detiene en los ejemplos de la literatura histórica de intención realista producidos en el siglo XIX; atento a los caminos que se abren en el siglo XX y hasta nuestros días, sostiene con envidiable entusiasmo cuán carente de sentido resulta cargar el peso del pasado muerto, el de la historia que nos contamos y el de la historiografía que hemos diseñado; en las que hurgamos más por devoción disciplinaria que por amor a la vida. Descubre el velo de la narrativa para enseñarnos a pensar en la necesidad tantas veces compartida de dotar a la historia de sentido, de un sentido que imprima huella a nuestro estar en el mundo. Nuestras tramas, las que hemos desarrollado y admitido, son nuestras posibilidades de entendernos; pero el futuro de la historiografía que nos invita a aceptar es mucho más abierto; por si las tramas se han agotado, y para aligerar el peso de la historia, y el de la historia de la historiografía tal como la hemos heredado y reproducido, es importante propiciar las relaciones con las creaciones literarias que nuestros tiempos ponen a la vista. Admitir que aquella llamada de Edmundo O’Gorman, incitando a los jóvenes a ser

<sup>5</sup> “El texto histórico como artefacto literario” en Hayden White, *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, introducción de Verónica Tozzi, Paidós, Barcelona, 2003, p. 126. [El ensayo data de 1974 y está publicado también en *Tropics of Discourse*, 1978 y en *Figural Realism*, 1999].

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 138.

